

## DE LA BELLEZA EN EL GÉNERO HUMANO

Los griegos poseían el arte de imprimir dirección á la belleza, y aun crearla, mediante ciertos procedimientos y reglas aplicadas al cuerpo humano, cuando éste, gracias á la docilidad de los miembros, era aun capaz de recibir la moción exterior que le forzaba á desenvolver sus formas de la manera más adecuada para que resultase un conjunto seductor. Ese arte se ha perdido corriendo á la nada en el flujo de los días que alimenta de continuo el lecho de la eternidad, sin esperanza de llenarlo ni al cabo de los siglos. Las obras más útiles y portentosas de los hombres, esas que los sabios primeros depositaron en los sublimes monumentos que los ignorantes atribuyen á pura vanidad, no existen, ó la sabiduría moderna tiene que inventarlas de nuevo, si no las desentraña de las tinieblas que habitan las Pirámides y ocultan en su seno los arcanos del mundo. El sistema planetario tal cual lo ordenó Copérnico por medio de su inteligencia casi divina; el del universo, descubierto por Newton, en las Pirámides de Egipto están representados con figuras y geroglíficos que ya admiraron y consultaron los filósofos viajeros de la antigua Grecia. Todo ese depósito de conocimientos inmortales que formaban la ciencia de los sacerdotes egipcios, se

fué al olvido en medio de las revoluciones de la naturaleza, los tiempos y los hombres; y la ignorancia, que brota de la sangre de la sabiduría muerta por los bárbaros de todas las edades, tiene buen cuidado de ocultar en lo profundo de sus sombras luces y virtudes de las épocas brillantes de la especie humana. Estrellas famosas en la antigüedad han desaparecido de la bóveda celeste; montañas se han hundido en el globo que habitamos; animales poblaron las selvas en otros períodos del mundo, que la geología los admira en el nuestro reconstituyéndolos con el detritus maravilloso que los husmeadores de los secretos naturales van descubriendo debajo de la tierra: ¿qué mucho, pues, si los hombres han dejado perder las ciencias primitivas, y hoy se afanan por inventar lo mismo por ventura que ántes fué hecho notorio y sabiduría práctica? Los misterios científicos de los coeos, esos que hoy, casi borrados en lo interior de los sepulcros tolomeicos asombran á los que los descifran ó piensan que los adivinan; éstos, digo, fueron al fin misterios como cerrados con el sello de la religion, *sancta sanctorum* donde no le era dado al vulgo sentar el pié ni echar allá la vista. Pero lo que podemos llamar ciencia pública, no porque la poseyeron todos, sino porque estaba á los alcances de todos, y los maestros á nadie la ocultaban; esas combinaciones admirables de la física por medio de las cuales los sabios oían á hechiceros ó á inspirados por la Divinidad; las grandes cosas que han desaparecido en detrimento de la especie humana, ¿cómo sucede que hayan desaparecido? Los inventos de Arquimédes, verbigracia, fueron cuarenta, segun Papo: mirad qué de agentes

desaprovechados, qué de bienes perdidos, ya por brutalidad de los bárbaros, ya por negligencia de los civilizados. Un hombre solo era más poderoso que millares de hombres: el ingenio daba la ley á la fuerza; y los romanos, sitiando á Siracusa, veían llenos de admiración levantarse en los aires sus naves, como arrebatadas por la mano invisible del que todo lo sabe y todo lo puede, y caer dentro de las murallas enemigas. La ciencia de Euclides ha sido arrancada nuevamente de las entrañas de la naturaleza por la fuerza del ingenio: el padre Secchi, siguiendo las huellas de Arquimédes á lo largo de los siglos, ha estado en potencia propincua de alzar el globo terrestre con una palanca, puesto que le diesen punto de apoyo. Mas los cuarenta inventos que las legiones conquistadoras de Marcelo sepultaron en las ruinas de Sicilia, no serán repuestos ni aun cuando los matemáticos del dia hallen el medio de comunicarse con los espíritus que pueblan los mundos invisibles.

El arte de la belleza, con tanto acierto practicado por los griegos, es una de las ramas del saber humano perdido para nosotros. Cómo perdido? van á decir los que ahí tienen el Gimnasio por escuela de salud y embellecimiento, siquiera sea arbitrio poco usado y ménos utilizado por las naciones modernas, cuya pujanza está más fuera del hombre que en el hombre mismo. Aun el Gimnasio ha caído en desuso; ni éste era aquel arte misterioso, habilidad recóndita que hacia frisar á la criatura humana con los séres inmortales por medio de la perfeccion física, teniendo presente el cuerpo que

solemos atribuir á los que no lo tienen. El Gimnasio, tal cual lo conocieron griegos y romanos, fué institucion ruda y sin provecho: en ella sufragaba la inteligencia para la idiotez, el espíritu para la materia; y lo sumo del adelanto era adquirir fuerza inrestricta, donde las facultades del alma se iban á más andar á perder en la jurisdiccion de la carne, oscura y sorda. Escuela de gladiadores, del Gimnasio salen esos atletas que se afrontan en el Circo, y en presencia de magistrados y pueblo se rompen el cráneo, se fracasan los huesos, para solaz y gloria de los espectadores. Esos como irracionales que se matan poniendo en ejecucion el ruin aprendizaje que los ha convertido en Hércules sin alma, han perdido la parte celestial del género humano, por tan tristes ganancias como son las propiedades de las bestias. Cada leccion, cada ejercicio que robustece el cuerpo y engruesa las cuerdas interiores, es golpe funesto en el espíritu. El semidios nombrado poco ha nunca prevaleció por el ingenio; al contrario, la fábula de los dioses, que bajo sus groseras capas oculta un mar de sabiduría, expone el dechado del poder corporal sin reverso donde brillen las armas de la inteligencia. La barba espesa y el muslo fornido de Hércules son el simbolo de la fuerza y la potencia generadora. El héroe que embiste con los leones del desierto, los mata á puñadas, los desuella, y comparece adornado con sus pieles, no es el dios de la luz, ese Apolo replandeciente que ilumina los ámbitos de la poesía con la lumbré de sus ojos, y anda por el firmamento hendiendo el vacío con alas de fuego tenue y delicado. Pudo el domador de hombres y fieras violar cincuenta vírgenes en una noche y dejarlas madres de

otros tantos hijos; pero el mundo no sabe que este bárbaro prodigioso tuviera asiento en los consejos de Minerva, ni hubiera consumado hazañas de las que suelen ser obra del númen. El Gimnasio fué la tumba de la razon, adonde los esclavos llevaban á enterrar su alma arrancándosela del cuerpo con las fuerzas adquiridas en sus nefandos ejercicios.

Quéjense hoy de la abolicion de ciertas costumbres algunos ciegos adoradores de lo antiguo, y no están en lo justo: la gimnástica, saliendo de ciertos límites dentro de los cuales puede reinar la diosa Hija, madre de la salud, es perjudicial por una parte, innecesaria por otra. Perjudicial, en cuanto embronquece el corazon y pone turbia el alma; innecesaria, en cuanto el ingenio, supliendo las fuerzas, ha hallado el modo de establecer equilibrio riguroso entre los enemigos. Y esto más, que los gladiadores nunca fueron buenos para la guerra, en la cual, como profesion honrosa de hombres libres, no podian tener parte. La fuerza individual sobresaliente no alcanzaria hoy ventaja ninguna en el campo de batalla, así como no la alcanza en los trances de punto de honra. Una legion de atletas en presencia de una ametralladora ó de un cañon de Krupp, es monton de carne que puede volar en pedazos, ni más ni ménos que un rebaño. Cuando los beligerantes se venian á las manos á media espada, el vigor del brazo era premisa de victoria: hoy las guerras han menester ciencia, ánimo y pundonor: los jayanes á quienes Grecia y Roma despojan de la parte moral del hombre que triunfe la materia, adolecen de otro empacho, y es que hasta el valor pier-

den éstos con las fuerzas adquiridas. En la arena, ante el rival, no se da uno que muestre temer: el pueblo los anima, el emperador otorga de cabeza, la virgen inocente se pone de piés frenética de alegría, y aprueba los golpes maestros: incontrastables aguijones son éstos: el campo de batalla no es suyo: tiemblan los miseros, y arrojando las armas se ponen en cobro sin miedo de la infamia. La belleza no está derramándose, además, por los groseros declives de las estatuas que representan los héroes antiguos del Circo: estupidez y fiereza en sus facciones, vigor y pujanza en sus miembros abultados. ¿Ni qué belleza sin ese principio colorante que bajando del cielo por conductos invisibles está imprimiendo en nosotros ese como cuerpo del espíritu que vemos resplandecer en los ojos, sesguear en los labios, arder en las mejillas con fuego inteligente? La belleza, no la busqueis en la arena de Atenas ni de Esparta, donde luchan hombres desnudos embarrados de aceite; buscadla en el taller de Zeuxis: allí están Lais, Phrine, Mneserate, Flora, Gnathemion, Glicere ofreciendo al divino artista sus divinas formas, que de todas ellas tome lo más cumplido y componga el bello ideal físico de la hermosura. Estas mujeres no han grangeado sus perfecciones en la escuela de la fuerza; al contrario, ese pecho por cuya sobresalencia están derramándose las gracias; ese brazo gordo, terso, blanco, que se viene adelgazando gradualmente hasta la delicada exigüidad de la muñeca; esa pierna de Venus, cuando vestida con pollera de púrpura hasta la rodilla se presenta á Eneas en un bosque de Cartago; esa cintura que cupiera entre las manos de un silfo; ese pié de oréade que corre por

el prado huyendo del amor de un gnomo, sin hollar las flores que caen debajo de su planta; ese cuello que semeja al aterciopelado gollete de la azucena; todo, todo indica la vencedora debilidad con que triunfan de héroes y filósofos. Pujanza no da cabida á la belleza: jayana rostrituerta, pone miedo en esta ninfa pusilánime, cuyas armas son miradas y sonrisas, cuyas fortificaciones son las flores por entre las cuales gusta de ir tras la mariposa que la remeda en lo travieso, lo resplandeciente y lo voltario.

Salud, tampoco es herencia del Gimnasio: caudal ingente de sangre, abundancia de carne, grosura desproporcionada de huesos, pasto son de los peores achaques; y de los ruines y prosaicos, no de esas enfermedades sublimes con las cuales Hipócrates agracia á los predilectos de la naturaleza, pacientes afortunados que no se hallan con el dios que les rebosa en el pecho y les consume las fuerzas físicas en favor de las morales. Aire libre, claridad, espacio, esto requiere la inteligencia, y del sol se alimenta, bebiendo en sus rayos la mirada del Todopoderoso, belleza infinita, que desciende sobre sus escogidos en forma de luz, brisa amable, arco íris y arreboles. En todo tiempo la fuerza ha estado embebida en el ánimo: el que lo tiene, tiene fuerza. La victoria no propende hácia la parte bruta; busca la moral, como que cultiva con ella relaciones misteriosas que son fianza de la una, corona de la otra. David, exiguo pastorcillo, dando en tierra con el gigante, es la promesa de la cual viven colgados los flacos contra los fuertes, los buenos contra los malos; y como efecto de esa pre-

ferencia de Dios, preferencia del espíritu sobre el ímpetu irracional, vemos que el cetro del mundo no lo tienen los forzudos, sino esos hombres débiles que se llaman filósofos, sabios, descubridores, hombres de Estado. El arte que conocían los griegos de embellecer á sus hijos, no era la gimnástica, sino uno del cual no tenemos idea, puesto que se ha perdido. Se perdió la fuente de Juvenio, se perdió el gran Paititi, ¿porqué no se hubiera perdido éotra maravilla? Yo presumo que ella debió de consistir en cierto sistema de suaves compresiones, mediante las cuales las formas humanas iban tomando tal carácter cual requería la voluntad del artista que las tenía entre manos, si es posible que expresiones de este linaje obtengan el pase de los críticos. Bien así como ciertas figuras de materia blanda, saliendo del molde, admiten retoque y pulimento de los dedos; así el cuerpo del recién nacido, sustancia tierna y dócil, puede brindarse á manipulaciones delicadas que impriman en él un cierto impulso de desenvolvimiento, digamos así. Nadie afirmará, por lo ménos, que somos, cuando salimos á la luz del día, como la estatua de bronce que comparéce toda perfecta una vez roto su gran molde, y no hay ya manera de dar algun desvío á sus contornos. Los indios salvajes de las selvas amazónicas poseen el arte de reducir la cabeza de los muertos á volúmen tal, que no parece ella mayor que la de una muñeca; y esto sin que hubiese perdido el rostro ninguno de sus lineamientos naturales ni sus facciones características; ¿porqué, pues, los griegos antiguos, sabios como los que más, no habrán conocido la ciencia de hermohear al género humano, obligando á la naturaleza á dar mejor

aspecto á su obra? Ni puede haber sido de otro modo, cuando vemos hormiguar los dioses en la tierra como bajados expofeso para hacer morir de envidia al mundo, que está echando á ese brillante rincón miradas encendidas. Yo sé muy bien que Sócrates ha pasado hasta nosotros tanto por la sabiduría cuanto por la fealdad; pero no se me oculta que ese hombre tan feo es *el más bello de los hombres*: el espíritu divino, ardiendo en él cual llama dentro de un vaso de hechura tosca, pero de materia noble, le transfigura y presenta á los ojos de los mortales asombrados como Genio superior á los séres que pueblan la tierra.

Esopo fué asimismo griego; tiene éste la gloria de ser el modelo perpetuo de los feos, príncipe de los gibosos, dechado y prototipo de esos *calabacinos de testa y badea de cogote*, para hablar con Luis Velez de Guevara, que mueren solterones, porque no hay demonio con dientes amarillos y peluca que se juzgue harto deforme para ser uno con semejantes antípodas de Adónis. Feo fué el pobre Esopo: feo, refeo: feo donde más largamente se contiene: feo de más de marca: esencia de feos: archifeo, feote, feísimo. Pero no hay memoria de que hubiese mutilado las estatuas de los dioses, como Alcibiades, el más bello de los griegos, ni de que hubiese recibido dinero del rey de Persia, cual otro Timágoras, ni de que hubiese mostrado el paso de las Termópilas á Xerjes. Fué ciudadano irrepreensible, patriota acendrado, gran filósofo en verso, aunque no, por fortuna, buen padre de familia. Familia, Dios le dé: no he dicho ya que ni el diablo vestido de mujer le hubiera querido? Y

digo por fortuna, por cuanto nacieran de él, probablemente, Esopitos que hubieran echado á perder la raza y obligádola á bastardear, pervirtiendo la generacion, aun á despecho del libertino de poco ha, ese que nombramos Alcibiades, y la hermana de Cimon, pindonga que por la fermosura hubiera tenido precedencia sobre la sin par Dulcinea del Toboso. Si el provector fabulista no tuvo gentil parecer, consuélase con que su ingenio no le iba en zaga á su fealdad; y para mayor abundamiento de resignacion, sepa allá donde le puso el Dios de los dioses, que despues de él han hecho reverter su fama del mundo Hudibrás, Duguesclin, Juan Duns Escoto y otros hombres célebres que se lo llevan de calles á Narciso. La gimnástica, dentro de los términos de la moderacion, guardando correspondencia con los principios de la musculatura humana, es elemento de salud y belleza; mas una vez que la parte física está llegando á prevalecer sobre la moral, ese es el punto de hacer alto, no sea que á fuero de gruesos y pujantes vengamos á dar al alma una solidez por medio de la cual no le fuera posible á la inteligencia requerir en los cielos el gran motor del universo. La gimnástica tuvo su parte, no hay duda, en el fomento de la belleza; mas no fué el arte mismo, ese arte compuesto de móviles que obraban hasta en el color, disponiendo la red de Malpighi para que de tal suerte recibiesen la luz, que el blanco y el sonrosado produjesen un conjunto primoroso. ¿Cómo daban esos hombres sabios á la pupila el negror profundo que resplandece en los ojos de Lastenia? La boca de las griegas era el cielo: en su ir y venir continuo, la sangre hervia al fuego invisible de esos labios, en medio de los

cuales Amor, bien como entre un haz de culebras divinas, se estaba estirando y solazando maliciosamente. La dentadura por fuerza debia ser perfecta; blanca, limpia, prodigio de igualdad, su asiento es la fresca encía. Esta parte del cuerpo humano es la más capaz de educacion: los dientes son el espejo de las costumbres; son lo que es el hombre, si pulcro, si enemigo del aseo. Por dicha el tabaco, matador de la belleza, no habia sido descubierto aun; y los dientes no temian verse enterrados vivos debajo de la asquerosa pasta de humo y bilis que los vuelve difuntos horribles, clavados allí en sepultura abierta. Los dientes, en las griegas, eran parte esencial de ese primor con que estaba en poco no les postergasen á los dioses mismos; así como lo suave de la piel y lo terso del cútis ponian en duda si esás manos eran de simple persona humana, ó de ondina que se reserva y cuida en la gruta de una peña cuando sale de su palacio submarino. En órden á la frente angosta, que era el toque de la belleza suma, formábanla quizá provocando el cabello con la virtud de una sustancia desconocida para nosotros; por la inversa de lo que hacen las turcas, que es limpiarse el cuerpo de toda vellocidad con el *rusma* ó depilatorio que las sultanas guardan en sus tocadores.

A fuerza de suposiciones estoy en un tris de dar con el arte cuya desaparicion nos hallamos lamentando: mucho es que no lo dé yo por descubierto, con lo cual, pasando de investigador sensato, daria en sofista audaz ó en gracioso parlanchin que hace fisga de sus benévolos lectores. Pues no ha querido el otro dia un gentil

hablador mamárselo en cánones á uno que es el águila, contándole que habia inventado el método de enseñar á leer y escribir á los sordo-mudos? Que á cualquier pazguato le comulgemos con ruedas de molino, anda con Dios; pero á un zahorí, un jerifalte... eso es ponerse á riesgo de ver castigada la sandez que los atrevidos suponen en nosotros. « Habia en la ciudad de Lima dos idiotas hijos de padres nobles y opulentos: ricos, sí señor, lo que se llama ricos. En mis meditaciones, una noche, santa noche, noche de inspiracion, vi que no seria imposible enseñarles á esos desventurados el arte de leer y escribir. Usted sabe que el alfabeto fué inventado por los fenicios, de los cuales lo tomó Cadmo y lo trajo á Grecia. Una vez concebida la idea por obra y gracia del Espíritu Santo, el método se desenvolvió de suyo en mi pensamientó. Este método lo dividí, es claro, en cuatro partes. Cuatro partes, atienda usted. La necesidad es madre de la industria. En cuatro partes. Consumidos mis bienes de fortuna por mis eternos planes de libertar la patria, llegó el dia en que el destierro echase sobre mi toda su amargura. Preciso era vivir: Los padres de esos idiotas, que jamas hubieran hecho carrera con ellos, no se hallaron cuando los vieron bajo mi direccion y enseñanza silabar y deletrear como los más expeditos alumnos de los hermanos cristianos. En cuatro partes.

» Y la pronunciacion, que tal? buena? pregunté. Excelente, dijo él: rasgada y sonora: unos toledanos los idiotas. Vaya, don Juan... qué pronunciacion, si estamos hablando de sordo-mudos?

» Ah, repliqué: no el ah interjeccion, el ah admira-

tivo, sino ese ah que quiere decir: Dispense usted; me lo habia olvidado.

» Era cosa de caerse uno desmayado de gusto ver á esos imbéciles rasguear y tagarotear como los más consumados pendolistas. Pues si yo dictaba, unos taquígrafos.

» Buen oído, dije.

» Admirable, respondió de buena fé: el pensamiento me lo tomaban al vuelo. Oído... don Juan, usted no ha dejado de ser colegial: qué oído, si el punto es que eran sordo-mudos?

» Ah, volví á decir; y él continuó: Parece que usted abriga su dudilla; pues le voy á enseñar las cartas que hasta ahora me dirigen: y sepa que sus padres no dejan de mostráreme profundamente agradecidos.

» Pero no mandan nada. »

Como el amigo es de los que pueden arder en un candil, y sabe donde le aprieta el zapato, de bonísima gana me acompañó la carcajada con que yo le queria decir: Está usted mintiendo como un camandulero; tanto más, cuanto que ese arte que dice haber inventado en Lima, es institucion antigua en todas las naciones civilizadas de Europa.

Para que nadie me diga « ah! » en mis barbas, no pretendo haber inventado ni desenterrado la antigua ciencia de los griegos de dar impulso á la belleza; digo solamente que ella existió, y que para desesperacion de los que nacen feos, se ha perdido, y no habrá arqueólogo ni anticuario que rompa las entrañas del olvido y la saque á la luz del dia. Feos nacimos, feos nos criamos, feos nos hemos de envejecer, feos hemos de morir, y